Diario de un amor a destiempo

Lucía Laragione

Ana María Shua

Ilustraciones de Carlus Rodríguez

loqueleo

Del registro de Emanuel

Siglo xxi - Segundo viaje
Buenos Aires

Yo estuve frente al Cabildo el 25 de mayo de 1810. Yo, Emanuel Rizzo, del siglo xxi. Lo tengo que repetir para poder creérmelo. Pasaron tres años y sin embargo me parece algo tan lejano, tan poco real como si lo hubiera soñado. Yo, Emanuel Rizzo, cuando tenía doce años, entré en una máquina del tiempo inventada por mi tío Francis y viajé a 1810. Yo, Emanuel Rizzo, conocí personalmente a los próceres. Hablé con Belgrano, con Saavedra, con Castelli… ¡Participé en la Revolución de Mayo! Tengo guardadas en una memoria las fotos y las grabaciones de ese viaje en el que nadie cree. Yo, Emanuel Rizzo, viví en 1810 en casa de don Blas, ese hombre tan adelantado a su época, con el que estábamos ya en contacto antes de mi viaje. Yo, Emanuel Rizzo, conocí a su nieta Margarita, una chiquita de doce años, con el pelo muy largo y brillante, que todavía me mira asustada desde las fotos.

¿Cómo será ahora Margarita? ¿Habrá cambiado tanto como yo? Cuando vuelvo a escuchar la grabación, el registro de mis aventuras, apenas reconozco mi voz finita, de nene. Y las pavadas que digo. Me da mucha vergüenza. No entiendo cómo mi tío Francis, el hermano menor de mi mamá, tuvo el coraje de mandar a un chico de doce años a semejante aventura. Creo que él mismo era demasiado joven, tenía veinte años. ¡Y ya era un genio de la física!

No tengo que escuchar las grabaciones para acordarme de lo mucho que me importaba la cuestión de mi altura. ¡No me bancaba ser petiso! El karma de mi infancia. En los últimos tres años pegué el famoso estirón. Sigo siendo pelirrojo, pero ahora uso el pelo largo y soy muy alto y flaco. Toda la ropa me va corta de mangas y siempre tengo problemas con los pantalones, me quedan al aire los tobillos.

En varios sentidos no soy la misma persona que era hace tres años. Muchas cosas cambiaron cuando mis padres se separaron y papá se fue de casa. Ahora que estoy por viajar otra vez al pasado, tengo más conciencia de los riesgos. Me siento responsable de lo que pueda pasar, y no solo por mamá. Ya no me estoy despidiendo

nada más de mi familia. Está lo que me pasa con Rita. Estoy seguro de que ella me va a esperar lo que haga falta pero... Aunque la otra vez todo mi viaje, visto desde aquí, no duró mucho más de una hora, me da cosa que Rita no sepa adónde voy ni los peligros que voy a correr. ¿Y si no vuelvo? ¿Y si me quedo para siempre en el pasado? ¿Rita se va a meter con el imbécil de Joaquín, que siempre la anda rondando?

No, esto que estoy grabando no va a servir para nada. Por más que me cuidé con las palabras, no da el tono. Qué me importa, en todo caso después hago la grabación oficial otra vez.

La máquina del tiempo en la que hice el primer viaje era re-primitiva, parecía un cajón de frutas. Resulta que en el momento de volver desde 1810 hasta el siglo XXI, cuando me metí y cerré la tapa, escuché una explosión. No sabía que estaban explotando los ultranodos termomagnéticos de la máquina, y por suerte no me enteré hasta que me lo explicó Francis, cuando le rogué que me mandara otra vez. Al principio moría por volver a ver a Margarita, pero eso fue hace mucho, cosas de nene de doce. Yo sé que tendría que haberme puesto a estudiar física, para entender más de esto, pero la verdad es que en física y matemáticas ando

siempre entre el huevo y el cuatro. Los ultranodos, por lo que me explicó Francis, vienen a ser como el carburador. Y, al explotar, la máquina quedó inutilizada.

Ahí recién mi tío se dio cuenta de hasta qué punto había sido irresponsable. Llegué de vuelta por milagro. No podía volver a mandarme en un equipo tan elemental. Por eso se pasó estos últimos tres años rehaciendo la máquina para mejorarla y hacerla más segura. Si me llega a dejar en el pasado, mi vieja se lo come crudo. Hasta puede ir preso. Bueno, ahora ya no es un cajón de frutas, aunque sigue siendo de madera, parece que la madera con relación al tiempo es… bueno, es algo más que no sé explicar. Francis está trabajando en una empresa de informática, gana bien, y se dio el lujo de encargarle a un carpintero exactamente lo que necesitaba.

Lo que yo sé es que voy a volver a 1810, a la casa de don Blas, que voy a ver otra vez a Margarita y, aunque ya no me importa como antes, no puedo dejar de pensar que yo voy a tener quince años y ella va a seguir teniendo doce y ya no me va a poder verduguear con que soy petiso. ¡La voy a mirar desde arriba! ¿Y la negra Remigia, que casi me vuelve loco escondiéndome la máquina?

¿Seguirá haciendo esas empanadas tan ricas, sin pasas y con mucho huevo duro, como me gustan a mí? Claro, qué tonto, si voy a ir al mismo año del que me fui. A lo mejor llego la semana siguiente… Es que esto de moverse en el tiempo es tan raro… Tendré que acostumbrarme a que me digan otra vez Manuelito, porque así me presentaba don Blas. Como Manuel de los Rizos, hijo de unos amigos que se habían ido a vivir a Italia, para justificar mi acento, que allá resulta tan raro.

Francis siguió comunicándose siempre con don Blas, se mandan mensajes a través de la máquina, pero siempre desde y hasta 1810. Mi tío no quiso modificar los controles, y los dejó fijados en ese año, para no equivocarnos en el siguiente viaje. Entonces, todos los mensajes que le mandamos les llegan a 1810 y lo que don Blas nos escribe viene también desde ese año.

De vez en cuando también llegan mensajes de Margarita para mí, muy formales, así como es ella. ¡Ja ja, casi digo "anticuada"! Al principio los guardaba pero después pensé que Rita me los podía encontrar y entender mal, así que los destruí. Francis casi me mata cuando se enteró, él insiste en que todas esas son pruebas. Pobre, no se convence de lo difícil que es que alguien le crea

que un mensaje en un papel raro pero nuevecito, con tinta que no llegó a envejecer, puede ser de 1810, por más que la tinta y el papel estén fabricados con materiales que ya no se usan.

Ahora que ya conozco más adónde voy, me preparé una mochila con todo lo que puedo necesitar. Estoy llevando unos cuantos encendedores y una caja grande de fósforos que me van a venir muy bien, nunca aprendí a usar los yesqueros, me volvía loco con ese sistema increíble de golpear dos piedras para hacer saltar la chispa. Llevo linterna, con varias pilas, aparte de que también da luz el supercelu, que tiene de todo y es donde estoy grabando ahora. Es un teléfono mejor todavía que el que llevé la otra vez, con memoria para videos y preparado para recibir y mandar mensajes de texto a través del tiempo (aunque tardan muchísimo, a veces meses enteros). Armé un botiquín como los de campamento, bien completo. Además de aspirinas, llevo antibióticos, curitas, tira emplástica. Vendas no vale la pena porque allá hay. Pero algunas gasas esterilizadas puse. Llevo antiséptico y hasta suero antiofídico, por orden de Francis. No le pude meter en la cabeza que en Buenos Aires de 1810 no hay víboras, ¡una ciudad de 40.000 habitantes

no es una aldeíta! También me insistió en que lleve antialérgicos por si las moscas, aunque hasta ahora yo nunca fui alérgico a nada.

Volví a escuchar esta grabación y me doy cuenta de que es un desastre. Sigo siendo el mismo atropellado de siempre. Francis me pidió que grabe todo como la otra vez. Pero tiene que ser un registro serio, científico, objetivo, y esto es demasiado personal. Mejor me lo guardo para mí y ahora empiezo todo de nuevo.

Mi nombre es Emanuel Rizzo. Tengo quince años. Hace tres años hice un viaje al pasado y participé en la Revolución de Mayo. Viví en Buenos Aires, en la casa de don Blas de Ulloa, donde conocí a su nieta… No, no hay por qué mencionar nada de Margarita, no tiene importancia científica. Empiezo otra vez. Mejor me lo escribo y lo leo, así no me equivoco. Bien cortito.

Emanuel Rizzo, argentino, quince años. Hace tres años viajé a 1810 y tomé parte en la Revolución de Mayo. La información sobre ese viaje ha quedado debidamente registrada, se puede

consultar en nuestros archivos. Mañana parto nuevamente hacia el pasado. Aquí comienza el registro de mi viaje.

Del diario de Margarita

20 de enero de 1813
Buenos Aires

¡Ayer finalmente sucedió lo que yo tanto deseaba! ¡Jean-Jacques pidió formalmente mi mano al abuelo! Y, por supuesto, él se la concedió. No podía de ser otra manera porque fue el mismo abuelo quien lo eligió como mi novio. Por suerte, Jean-Jacques me gusta mucho y estoy enamorada de él. De otro modo, sería horrible. A pesar de los años transcurridos, acá se sigue hablando de la historia de Mariquita Sánchez. Y, si bien yo la conocía a través de comentarios, pude oírla de la propia boca de la protagonista en una de las reuniones que tienen lugar en su muy concurrido salón. La contó para mí y para otras muchachas de mi edad, como si quisiera dejar bien en claro que las mujeres tenemos derecho a elegir nuestro destino y, si es necesario, debemos pelear por eso. Mariquita y su primo, Martín Thompson, estaban muy enamorados, pero los padres de ella no

estaban de acuerdo con ese matrimonio y habían concertado otro. Entonces Mariquita, con mucha valentía, se dirigió al virrey Sobremonte –porque, en aquel momento, acá todavía mandaba el virrey– y le pidió que dejara sin efecto el arreglo hecho por los padres. ¡Y consiguió lo que deseaba! Ella y Martín Thompson se casaron hace ya varios años, son muy felices y, como suelen decir las señoras, su hogar ha sido bendecido con cuatro hijos sanos y hermosos. ¡Ay, me corre frío al pensar cómo van a ser los que yo tendré con Jean-Jacques! ¡Quiero por lo menos media docena! Con el pelo rubio y los ojos azules como él y esa manera tan graciosa de pronunciar la "egue". Jean-Jacques tenía diez años cuando llegó desde París a esta Santa María de los Buenos Aires y se educó aquí, pero nunca pudo pronunciar la "erre" como lo hacemos nosotros. Su padre, un difusor de las ideas de la Ilustración, escapó de Francia cuando Napoleón tomó el poder y se instaló en nuestra ciudad, donde abrió una librería. Antes de la revolución, los jóvenes patriotas acudían allí, en secreto, a buscar los libros de los filósofos franceses prohibidos por la Inquisición. En aquel momento era verdaderamente peligroso leerlos. Mariano Moreno –¡pensar que muy pronto van

a cumplirse dos años de su muerte!– era uno de los concurrentes más asiduos a la librería.

El año pasado, el padre de Jean-Jacques enfermó y el hijo debió hacerse cargo del negocio. La semana que viene el que ahora es mi novio formal viajará a París por cuestiones de trabajo. Serán cuatro largos meses de ausencia entre el viaje de ida, la estadía allá y el regreso. Ya empiezo a extrañarlo. Confieso que me habría encantado casarme antes de que se fuera, para viajar con él y descubrir de su mano la belleza de la ciudad y, sobre todo, ¡de sus tiendas! Jean-Jacques me prometió que se encargará de elegir especialmente las telas para mi ajuar. ¡Me habría gustado tanto hacerlo yo misma! ¡Sedas, terciopelos, encajes, puntillas! Un deleite para los ojos y para el tacto. Cuando le dije al abuelo que deseaba casarme y acompañar a mi futuro marido en el viaje, me di cuenta de que, aunque intentó disimularlo, se le empañaron los ojos. Está grande el abuelo y su salud se ha debilitado en estos últimos tiempos. Sin palabras, me transmitió su temor de que le sucediera algo durante mi ausencia, y también yo sentí mucho miedo de no volver a verlo. Por otra parte, está Remigia. Apenas le hablé de mi deseo de embarcarme, la negra se puso blanca del susto.

Es muy gracioso verla decolorarse cuando le digo algo que la trastorna.

—¡Niña Margarita, ni en broma hable de subirse a ese barco! —dijo cuando estuvo en condiciones hacerlo.

—¡No todos se hunden, Remigia! —respondí, burlándome de sus temores.

Ella se santiguó y no pronunció ni una palabra más, pero se le escapó una lágrima. Entonces, arrepentida de haber sido mala, me arrojé en sus brazos y me abracé fuerte contra su corpachón, como cuando era una nena y me asaltaban las pesadillas. Sé que Remigia quería muchísimo a mis padres y no puede olvidar –como tampoco podemos hacerlo el abuelo ni yo– que el mar nos los quitó en aquel desgraciado viaje.

—Ya habrá mucho tiempo para descubrir juntos París —me dijo Jean-Jacques a modo de consuelo, mientras me tomaba de la mano y me miraba a los ojos con una intensidad que me hizo temblar.

Así que me quedo, y voy a esperarlo contando cada día hasta su ansiado regreso. Por lo menos, me tranquiliza saber que está lejos comprando libros, y no dirigiendo o participando de una batalla. Pienso en mi amiga Remeditos, que

eligió como marido a un soldado, a uno muy apuesto, por cierto. Un hombre alto, de mirada profunda, el coronel José de San Martín, que la enamoró apasionadamente. No me animé a preguntárselo a ella, pero pienso cómo va a sentirse cuando él, que ha organizado el Regimiento de Granaderos a caballo, deba partir hacia la guerra. Y eso será muy pronto, no me cabe duda. Creo que por eso el abuelo no quería un militar para mí y prefirió a alguien que compartiera sus ideas acerca de la libertad y la lucha por la independencia y que estuviera dispuesto a combatir por ellas, pero no con las armas sino con las ideas y las palabras.

Y ahora dejo aquí. Remigia me está llamando. Va a acompañarme hasta el río para tomar un baño refrescante. Allí, en las orillas, me están esperando mis amigas. Dejaremos la ropa al cuidado de Remigia, y con nuestros vestidos de muselina y bajo la atenta mirada de la negra, que desanima a cualquier descarado, disfrutaremos de la deliciosa frescura del agua y nos olvidaremos por un rato de los sofocantes calores de enero.